

RUIZ FERNÁNDEZ, José: *Comprensión, significado y lenguaje*, Tecnos, Madrid, 2020, 367p.

“Comprensión”. “significado” y “lenguaje” son términos que a primera vista parecen guardar una estrecha y segura relación. Sin embargo, aunque los tres se encuentren íntimamente vinculados, las conexiones entre ellos no resultan tan evidentes como cabe pensar.

Profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid, José Ruiz Fernández marca como objetivo principal de este libro desentrañar las confusiones en las que comúnmente se encuentran enredados estos términos. Posiblemente por influencia del segundo Wittgenstein, durante toda la obra el autor prefiere hablar de enredos que de problemas filosóficos, ya que desde esta línea de pensamiento lo que comúnmente llamamos problemas filosóficos no serían en realidad más que confusiones o enredos mentales que tienen su origen en la falta de claridad con la que utilizamos el lenguaje natural. El fin perseguido no será otro que el de mejorar las intuiciones que tendemos a formarnos alrededor de la comprensión, el significado y el lenguaje.

Para alcanzar la meta que persigue, Ruiz Fernández estructura su libro en cinco capítulos en los que va tratando las nociones principales (comprensión, significado y lenguaje), así como también ideas que se encuentran ligadas a ellas. La disolución de los problemas que tienen lugar en torno a nociones como *uso*, *expresión*, *normatividad*, *reglas* o *necesidad lógica* serán asimismo de crucial importancia a la hora de avanzar en la tarea de deshacer enredos, enredos que, siguiendo al autor, muchas tradiciones filosóficas han abrazado sin mayor reserva.

Cada capítulo está dividido en subapartados, que a su vez suelen encontrarse repartidos en párrafos numerados acotando las ideas que se

---

*Recibido: 12/10/2020. Aceptado: 15/10/2020.*

van planteando. El estilo utilizado lleva la precisión terminológica a sus extremos con el fin de que ninguna idea quede malentendida o se le presente ambigua al lector. En la tarea de deshacer enredos cualquier imprecisión puede pagarse a un alto precio. Por ello, dado que se trata de que el lector advierta los errores que él mismo acepta inconscientemente, se recomienda que la lectura se haga de manera pausada, asimilando adecuadamente lo que en cada apartado se presenta, para evitar que los objetivos del libro se reviertan y acaben perjudicando y enredando más de lo que inicialmente se asumía. El mismo autor resalta el hecho de que una lectura de corrido no será de provecho al público que quiera obtener las herramientas para reparar en las confusiones y reconocer los auténticos vínculos conceptuales entre los temas abordados.

Adentrándonos ya en el contenido, el primer capítulo consiste en una introducción a los temas que aparecen en la obra y la forma en la que vienen planteados, esto es, a las confusiones que nacen de los vínculos entre comprensión, significado y lenguaje. Además, el autor no pierde oportunidad de señalar explícitamente que el objetivo del libro no es otro que poner de relieve la verdadera relación que guardan entre ellos. La patente influencia del segundo Wittgenstein, tal y como reconoce el autor, hace que el fuerte antiesencialismo, el indeterminismo y el falibilismo sean tónicas imperantes a lo largo de toda la obra. Cabe advertir que, si lo que se persigue es alcanzar el conocimiento de estructuras últimas de la realidad o definiciones cerradas, este ejemplar no es una opción orientada a tales aspiraciones.

La comprensión protagoniza el segundo capítulo, aunque no se trata de un protagonismo excluyente. La intencionalidad, para comprender el lenguaje y el significado, también asume considerable relevancia. Aunque se mencionan otras acepciones, el capítulo se centra en comprender *el sentido de algo* (comprender algo), que guarda relación con comprender algo relativo a conductas intencionales. El ser humano tiene lenguaje, y el lenguaje es lo que le posibilita como agente intencionalmente consciente. Decir algo y comprender el sentido de algo son respectos intencionales. Por tanto, no hay “procesos mentales oscuros” o “mundos internos escondidos”, todo se da en una agente que actúa consciente *qua intencional*.

En el capítulo tercero toman el relevo el significado y el lenguaje. Uso, expresión, uso de una expresión, empleo de una expresión, serán las nociones más relevantes a la hora de aclarar vínculos con ellos. Por un lado, el significado de una expresión tiene que ver con el uso en cierto modo. Por otro lado, decir algo no es más que emplear expresiones, y se habla de empleo de expresiones en conexión con conductas intencionales, esto es,

conductas en las que se dice algo. Aquí el lenguaje es de vital importancia: el agente lingüístico es el único que puede decir algo, porque lo lingüístico es condición lógica para que se de una actitud intencional. Los seres sin lenguaje no pueden, por tanto, ser intencionales, descartando así de manera rotunda la posibilidad de que digan algo. Principalmente, este capítulo pone de relieve la conexión entre lenguaje, significado y uso, aclarando asuntos como que el significado no equivale íntegramente al uso, ni el significado de las oraciones se rige por el principio de composicionalidad, ni el lenguaje es algo completamente determinado. También se puede recalcar el original rechazo al lenguaje privado por parte del autor o su lucha contra la tendencia nominalista a considerar estas nociones como entidades.

El capítulo cuarto está dedicado a los juicios sobre el lenguaje que preconiza la tradición filosófica sembrada por el segundo Wittgenstein, ateniéndose especialmente a los aspectos sobre seguimiento de reglas, normatividad y cultura. Ruiz Fernández considera necesario puntualizar que ni lo normativo consiste en seguir reglas, ni el lenguaje es algo constitutivamente normativo, ni un determinado lenguaje establece un modo de vida, ni es constitutivamente cultural. A pesar de que todos estos conceptos se encuentran mutuamente entrelazados entre sí de diversas maneras, ningún vínculo entre ellos es de carácter necesario, como en muchas ocasiones se tiende a pensar. Buscar vínculos originarios o estructuras subyacentes es caer en los errores de la epistemología metafísica.

Por último, el quinto capítulo establece lo que se entiende por necesidad lógica, noción fundamental para penetrar en el contenido del libro. Algunas tradiciones, como la platonista o la esencialista, consideran la necesidad lógica como un tipo de estructura última o entidad ultramundana, pero para el autor lo lógicamente necesario no se encuentra en el mundo. Algo es lógicamente necesario cuando tiene que ver con el significado de las expresiones que se emplean al decirlo. Ruiz Fernández advierte también que no por esto se trata de una cuestión de lenguaje, sino de significado, de decir algo, de actitud intencional. Para terminar, establece una última distinción entre incoherencia, contrasentido e inconsistencia que recuerda a la distinción hecha por el primer Wittgenstein entre *sinnlos* y *unsinn*. La mayor incongruencia de nuestro contexto cultural es, a su ver, la motivación metafísica epistémica que tanto lucha por combatir al nivel de la comprensión, del significado y del lenguaje.

El aspecto más destacable de esta obra de Ruiz Fernández es la forma de presentar el contenido. Cuando el lector se adentre por primera vez en libro pronto echará de menos un elemento de obligada presencia en este tipo

de literatura: la bibliografía. Aunque el autor no esconde la influencia que ha supuesto la lectura del segundo Wittgenstein, las ideas que del filósofo alemán se toman no aparecen explícitamente referenciadas. Sin embargo, esta ausencia bibliográfica no debe achacarse al desconocimiento o a una descuidada indolencia por parte del autor, sino a un estilo particular de escribir. La obra no pretende arrojar luz directa sobre debates mantenidos en tradiciones filosóficas. El objetivo más bien es servir de guía al lector para que pueda alcanzar momentos autorreflexivos mediante sus propios medios. El libro trata de ser terapéutico, al estilo wittgensteiniano, considerada esta la tarea principal de la filosofía.

Otro elemento particular es la concepción del lenguaje. Aunque como venimos diciendo la influencia del segundo Wittgenstein está muy presente en esta obra, no duda en separarse de él en ocasiones. La concepción de lenguaje que plantea puede considerarse bastante estrecha, no contempla la conducta lingüística, ni el significado, ni decir algo, ni las reglas. Sobre todo esto último marca distancia con la influencia wittgensteiniana. Podría incluso decirse que entiende el lenguaje como su acepción más material-formal, por lo que muchos enredos tendrían que ver con malas consideraciones sobre el lenguaje.

Para saldar todas las cuentas pendientes, es necesario decir en último lugar que una lectura pausada y reflexiva puede prevenir al lector de caer en sus propios prejuicios esencialistas. Sin pretender con esto censurar cualquier vía metafísica, el tomar conciencia de nuestras propias asunciones puede ser clave para avanzar y también para salir, de vez en cuando, de nuestra zona de confort filosófica.

Carlota García Llorente